

The illustration depicts three children on snowmobiles navigating a narrow, icy passage. The child in the foreground is a girl with orange hair, wearing a yellow jacket and purple gloves. Behind her are two other children, a girl with dark hair in a purple jacket and a boy in an orange jacket and yellow hat. The cave walls are dark blue and purple, with icicles hanging from the ceiling. The snowmobiles are teal and green with white headlights.

MAYA ERIKSON

y la cueva
de hielo

DESTINO

ISABEL ÁLVAREZ

MAYA ERIKSON

y la cueva de hielo



ISABEL ÁLVAREZ

Ilustraciones de Marina Bruno

DESTINO

Destino Infantil y Juvenil, 2022
infoinfantilyjuvenil@planeta.es
www.planetadelibrojuvenil.com
www.planetadelibros.com
Editado por Editorial Planeta, S. A.

© del texto: Isabel Álvarez, 2022
© de las ilustraciones: Marina Bruno, 2022
© Editorial Planeta S. A., 2022
Avda. Diagonal, 662-664, 08034 Barcelona
Primera edición: julio de 2022
ISBN: 978-84-08-25918-3
Depósito legal: B. 10.606-2022
Impreso en España – *Printed in Spain*

El papel utilizado para la impresión de este libro está calificado como papel ecológico y procede de bosques gestionados de manera sostenible.

No se permite la reproducción total o parcial de este libro, ni su incorporación a un sistema informático, ni su transmisión en cualquier forma o por cualquier medio, sea este electrónico, mecánico, por fotocopia, por grabación u otros métodos, sin el permiso previo y por escrito del editor. La infracción de los derechos mencionados puede ser constitutiva de delito contra la propiedad intelectual (Art. 270 y siguientes del Código Penal).

Diríjase a CEDRO (Centro Español de Derechos Reprográficos) si necesita fotocopiar o escanear algún fragmento de esta obra. Puede contactar con CEDRO a través de la web www.conlicencia.com o por teléfono en el 91 702 19 70 / 93 272 04 47.



—Señora Erikson, ¿conocía al señor Theodore Redwood? —preguntó el agente Smith.

—Sí, mi padre y él se conocían. Es una larga historia... —respondió Rebeca.

—Cuéntemela, tengo tiempo.

—Usted sí, pero nosotros no; tenemos que irnos al aeropuerto, nuestro vuelo sale en dos horas.

—Entonces los llevaré. —Se acercó a un coche gris que estaba aparcado en la entrada y abrió la puerta—. Suban —les pidió.

Rebeca se montó en el asiento del copiloto, Maya y Sebastián, en la parte de atrás.

—Teniendo en cuenta el tráfico de El Cairo, tenemos algo más de media hora de viaje. ¿Será suficiente? —preguntó el agente después de arrancar.

—Eso depende, ¿qué es lo que quiere saber? —respondió Rebeca.

—Llevamos meses siguiendo al señor Redwood y, por algún motivo que desconozco, siempre aparece cerca de su familia. Cuénteme: ¿de qué se conocen?

—Theodore es un millonario que ha hecho fortuna con su empresa, la petrolera Redwood. Hace ya muchos años, mi padre fundó una asociación...

—La Gran Sociedad Geográfica —la cortó él.

—Sí, exacto. Theodore decidió que quería formar parte de ella, y entonces fue cuando se conocieron. Nunca se llevaron bien.

—¿Sabe usted por qué?

—Mi padre decía que era un hombre sin escrúpulos. Evidentemente tenía razón.

—¿Qué más sabe?

—Por lo visto, en una de sus expediciones por Mesoamérica, descubrieron algo importante en unos grabados.

—¿El qué?

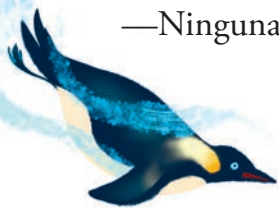
—Eso no lo sé —respondió Rebeca mientras reía y negaba con la cabeza—, pero debía de ser algo increíble. Mi padre elegía muy bien sus secretos.

—¿Qué pasó entonces?

—El señor Redwood y él tenían opiniones dispares sobre qué hacer al respecto. No pudieron llegar a un acuerdo y empezaron una especie de guerra que mi padre perdió; nombraron a Theodore presidente y él dejó la Gran Sociedad Geográfica.

—Por lo que sé, su padre lleva años desaparecido. ¿Han tenido alguna noticia de él en este tiempo?

—Ninguna —respondió Rebeca.





1 EL VIAJE

—¡La conseguí! —gritó Oliver al otro lado del teléfono.

—¿El qué? —preguntó Maya confusa.

—Una beca Discovery, ¡la he logrado!

—¡¿Cómo?!

—Hace semanas, cuando me contaste que te habían concedido una y que este año el viaje era a la Antártida, me dio mucha envidia. ¡Yo también quería ir! Entonces empecé a indagar y descubrí que aún me quedaba una oportunidad: cada año reservan una plaza para asignarla a través de un examen. Es solo una, así que imaginé que sería muy difícil, pero... ¡es mía!

—¡Eso es increíble! —gritó Maya emocionada.

—¡Lo sé! Ahora me tengo que ir, solo te llamaba para contártelo. Haz la maleta, ¡nos vemos en la Antártida!
—dijo el chico antes de colgar.

La beca Discovery era un reconocimiento internacio-

nal para jóvenes de entre once y trece años que habían realizado alguna gran hazaña. Como parte del premio, cada año organizaban un viaje exclusivo que poca gente tenía la suerte de experimentar. Esta vez irían a la base McMurdo, una estación científica situada en el continente antártico donde se realizan investigaciones sobre aeronomía, astrofísica, ciencias geoespaciales, biología... Los doce elegidos pasarían siete días allí, conociendo el trabajo de los científicos y experimentando en sus propias carnes la vida en un lugar tan fascinante como aquel.

Tras colgar el teléfono, Maya se fue a su cuarto. En el suelo tenía una maleta abierta; su padre le había comprado tanta ropa térmica que era incapaz de cerrarla. Sacó un par de camisetas y un enorme jersey de lana que él se empeñaba en que llevase pero que ocupaba casi todo el espacio, y se sentó encima para intentarlo de nuevo.

Justo estaba acabando de abrochar la cremallera cuando Sebastián asomó la cabeza por la puerta.

—¡Has conseguido cerrarla! Te dije que entraría todo —dijo sonriente.

—Sí, tenías razón —respondió ella mientras escondía el jersey tras su espalda con disimulo.

—Mira, te he traído algo.

Entró en la habitación y le dio una bolsa negra.

—¡Unos prismáticos! —exclamó ella tras abrirla.

—Una exploradora siempre necesita mirar más allá —le dijo guiñándole un ojo.

—Gracias, papá, me vendrán genial.

—¡De nada! Acuéstate temprano, mañana tenemos que madrugar.

—Sí, ya me iba a dormir.

—Buenas noches, cariño —se despidió, y se acercó para darle un beso—. ¡Mira! —exclamó entonces al ver el jersey—. Casi te dejas esto, ¡qué despiste!

—Uy, sí, casi. No te preocupes, mañana lo guardaré. Buenas noches, papá.

En cuanto Sebastián salió, Maya hizo una bola con él y lo metió en el armario. Después, se fue a la cama. Estaba muy emocionada con aquel viaje, y más ahora que sabía que Oliver la acompañaría.

Apenas había dormido cinco horas cuando sonó el despertador; su avión salía muy temprano hacia Christchurch, en Nueva Zelanda. Allí se reuniría con el resto de los premiados y con los monitores para volar juntos hasta su destino.

Maya salió de su cuarto y vio a sus padres en la cocina, de pie y ya vestidos.

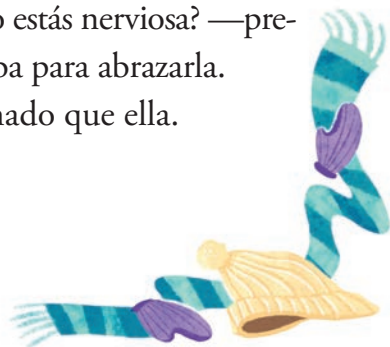
—¡Buenos días! —exclamó Rebeca.

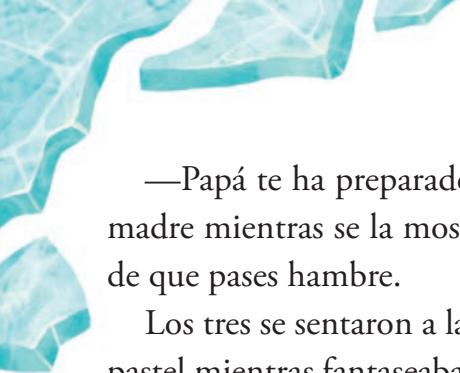
—Pero... ¿a qué hora os habéis levantado? Todavía tenemos mucho tiempo —dijo ella frotándose los ojos.

—No podíamos dormir más, ¿no estás nerviosa? —preguntó Sebastián mientras se acercaba para abrazarla.

Él estaba incluso más entusiasmado que ella.

—Sí, claro —respondió.





—Papá te ha preparado tarta de queso —anunció su madre mientras se la mostraba—, creo que tiene miedo de que pases hambre.

Los tres se sentaron a la mesa y comieron un trozo de pastel mientras fantaseaban sobre cómo serían los próximos días en la base. Después, Maya se vistió y salieron hacia el aeropuerto.

—Cariño, abrígate y haz muchas fotos, y llámanos... —le decía Sebastián entre lágrimas y abrazos al despedirse.

—Papá, ¡solo estaré fuera unos días! —insistía ella.

—No le hagas caso, ¡ya lo conoces! Vete ya ¡o no te soltaré nunca! —intervino Rebeca mientras lo agarraba para tratar de apartarlo.

Tras casi un día entero de trayecto, el avión aterrizó en Nueva Zelanda. Maya, que tenía las piernas entumecidas por haber pasado tanto tiempo sentada, se levantó y bajó como pudo. Nada más salir, vio a una mujer bajita y delgada que sujetaba un cartel con su nombre. Se acercó y la saludó:

—Hola, yo soy Maya.

—Hola, Maya, soy Ann. Encantada. Ven por aquí, ya están todos esperándonos; solo faltabas tú.

Ella la siguió y, no muy lejos, vio un grupo de gente que charlaba en el centro de un círculo creado con maletas enormes. Entre ellos, distinguió a su amigo.

—¡Oliver! —gritó, y echó a correr hacia él lo más rápido que su equipaje le permitió.

—¡Maya! —exclamó este, saltó las maletas que lo rodeaban y fue hacia ella.

Los dos se abrazaron y empezaron a hablar entusiasmados; Oliver estaba tan nervioso que apenas dejaba decir nada a Maya.

—¡Por fin voy a ver nieve! ¿Te lo puedes creer? Y pingüinos, tenemos que ir a verlos. He estado leyendo sobre ellos y son fascinantes. ¿Sabías que pueden saltar hasta dos metros y nadar a treinta y cinco kilómetros por hora?

—¡Hola, hola! —dijo entonces una joven que se había puesto de pie encima de una de las maletas y, mientras trataba de mantener el equilibrio, agitaba los brazos para llamar la atención de los presentes—. Mi nombre es Liza y soy la coordinadora de este viaje. Encantada de veros a todos, ¡por fin! No sé vosotros, pero yo me muero de ganas de empezar esta aventura.

Liza era una chica joven, apenas aparentaba treinta años. Era muy alta y llevaba el pelo recogido en un gran moño en lo alto de la cabeza, por detrás de unas gafas de sol que hacían de diadema. Estaba muy sonriente y parecía simpática y llena de energía.

—Me acompañan cinco monitores —continuó—; a este lado tenemos a Ann, Brian, Spencer y Katie.

Ellos iban saludando con la mano cuando los nombraba.

—Los cuatro son científicos que trabajan en la base y que se han prestado a echarnos una mano durante estos días. También contamos con Gus, que está allí atrás —dijo señalando al fondo.

Todos se giraron para mirarlo; un hombre fuerte, con una espesa barba negra y muy serio levantó la mano para saludar, sin cambiar su expresión.

—Él es el experto en la vida en la Antártida, en supervivencia y en primeros auxilios. Espero que no necesitemos molestarlo demasiado.

»El avión que nos llevará a nuestro destino nos está esperando, así que será mejor que nos pongamos en marcha. Seguidme, por favor.

Todos se apresuraron a recoger sus maletas, chocándose por las prisas y los nervios, y fueron tras ella. Caminaron por el aeropuerto hasta llegar a una salita, alejada de todas las puertas de embarque, que tenía una gran pantalla de televisión en la pared y varias filas de sillas colocadas mirando hacia ella. Allí, un azafato los esperaba y los invitó a tomar asiento. Después, sacó un mando a distancia y, sin aviso previo, reprodujo un vídeo.

—Hola a todos —saludó en la pantalla una mujer vestida con un abrigo negro repleto de bolsillos y con tiras grises reflectantes en el pecho—. Soy la directora Collister, del Equipo Antártico de Investigaciones Especiales. Nosotros nos encargamos de todas las operaciones que se llevan a cabo en la base antártica.

En el brazo la mujer tenía un brazalete con un curioso escudo rojo y azul y con un dibujo de la Antártida en el centro.

—Aunque nos encantaría estar ahí con vosotros —continuó—, un proyecto imprevisto con nuestros colegas de Alaska nos lo impide. Esperamos poder acompañaros dentro de unos días, pero, hasta entonces, he decidido grabaros este vídeo.

»Quiero daros la enhorabuena por haber conseguido una beca Discovery. Como sabéis, no es fácil lograrlo, y este año vuestros méritos han sido asombrosos. Nos sentimos muy orgullosos de vosotros y esperamos que disfrutéis de este merecido premio.

»Además, quiero daros algunos consejos importantes: antes de subir al avión, tenéis que saber que la Antártida es un lugar hostil. A pesar de que ahora es verano, las temperaturas suelen ser bajísimas. Las últimas predicciones dicen que tendréis buen tiempo: unos cero grados. ¡Qué suerte!

»Aun así, llevad siempre ropa de abrigo; las condiciones cambian drásticamente de un momento a otro. Si os mojáis o caéis al agua, cambiaos enseguida; de lo contrario, podríais congelaros en minutos.

»Bebed agua con frecuencia; aunque no lo creáis, vais a un desierto, a uno helado.

»En cuanto llegéis a la base científica McMurdo, los monitores os enseñarán las instalaciones y os explica-

rán todo lo que necesitáis saber. Hacedles caso siempre, vuestra vida depende de ello.

»Esto es todo por mi parte. Os he dejado un pequeño regalo que vuestros monitores os entregarán a su debido tiempo. ¡Lo pasaréis de maravilla!

La grabación se cortó y nadie se movió de su asiento; estaban impactados por las instrucciones de la directora.

—¡Muy bien, chicos! Pues después de este alentador mensaje, es hora de subir al avión —dijo la coordinadora, que en ese momento parecía la única que continuaba emocionada con lo que les esperaba—. Vamos, ¡arriba! —añadió al ver que nadie se ponía en marcha.

—El resto del viaje lo haremos en un NC-17 Globe-master, los aviones comerciales no llegan hasta nuestro destino —dijo Gus, sin cambiar su expresión seria.



Poco a poco, los chicos se levantaron y se dirigieron hacia la puerta de embarque. Salieron a la pista de despegue y vieron un enorme avión gris con letras negras en uno de los lados que decían «Air Antarctic». Aquello distaba mucho de parecerse al inicio de unas vacaciones.

Maya miró a Oliver y lo vio boquiabierto.

—¿Sigues queriendo ver nieve? —le preguntó entre risas.

—No me lo perdería por nada del mundo —respondió él sin apartar la mirada de aquel inmenso aparato.

Entonces, un azafato vestido de negro se acercó a ellos.

—Por aquí, por favor —les indicó.

Los chicos fueron subiendo y acomodándose en los asientos. Por dentro, el avión tampoco era como espe-



raban: tenía dos larguísimas filas de asientos pegadas a las paredes laterales y otras dos en el centro, respaldo con respaldo. Los techos eran altísimos y se veían cables colgando y tubos por todas partes. Estaba claro que no lo habían decorado para ser acogedor.

Maya y Oliver se sentaron juntos. En total, eran dieciocho —doce chicos y seis monitores—, y aquel avión era inmenso, así que más de la mitad de los asientos estaban vacíos.

—¿Estamos todos? —preguntó Liza.

Spencer se levantó, contó y, después, asintió mientras volvía a sentarse.

—¡Pues allá vamos! El vuelo durará unas cinco horas. Prestad atención a cualquier indicación de la tripulación.

El avión despegó. Durante el trayecto, los monitores charlaban entre ellos, pero los chicos aún no se conocían y permanecían callados, tímidos y expectantes... salvo uno.

—¡Hola! Soy Nick, ¿y vosotros? —dijo a los que tenía al lado.

—Aiko, encantada —contestó la chica que estaba a su derecha.

—Yo soy Lukas —se presentó el de la izquierda.

—¿De dónde sois? Yo de Australia.

Continuó haciendo preguntas a sus compañeros y parlotando animadamente. Maya y Oliver lo observaban desde lejos.



—Ese chico rubio que habla tanto es surfista y rescató veintisiete koalas en los incendios de los bosques australianos —le susurró Oliver a su amiga.

—¿De veras?

—Sí, he estado investigando sobre todos. Lukas es holandés, ha inventado un sistema que permite retirar el plástico de los océanos.

»Aiko es japonesa, es experta en astronomía. Durante el último año identificó cincuenta estrellas variables. Tiene doce años y ya es una de las personas que más ha contribuido con la American Association of Variable Star Observers.

—Guau —dijo Maya impresionada.

—Esa de allí se llama Lexa y es checa. —Señalaba disimuladamente a una chica alta, con el pelo largo y rizado, que escuchaba música por unos grandes auriculares plateados—. Es matemática, pero no una cualquiera, sino de las mejores del mundo. Por lo visto, ha sido la primera persona en resolver la ecuación planteada por Kurt Gödel en 1934. Además, da conciertos de violín por todo el mundo.

»La que está a su lado es Sayen, de Chile. Ideó un sistema de riego eficaz para cultivar en el desierto.

—¿Y ese de allí? —preguntó Maya refiriéndose al que estaba al final de la fila.

Era un chico rubio que llevaba la capucha del jersey negro puesta. Desde que entraron en el avión, perma-

necía con los ojos cerrados, agarrado con fuerza a los reposabrazos, como si tuviera miedo.

—Ese es Maximilian, es austriaco. No tengo muy claro cuál ha sido su logro para estar aquí, pero por lo visto su familia es muy poderosa. Quizá eso tenga algo que ver.

—Parece que no lo está pasando demasiado bien.

Oliver continuó contándole todo lo que sabía sobre sus compañeros. Mientras tanto, Nick seguía presentándose a unos y a otros.

Salvo por el extraño escenario, el vuelo transcurrió con normalidad, hasta que llegó el momento de aterrizar.

—Buenos días, al habla el capitán Sullivan. Nos acercamos a nuestro destino, en pocos minutos tomaremos tierra; mejor dicho, hielo. —Se rio de su propio chiste—. La temperatura en este momento es de un grado centígrado y el cielo está despejado, preparad el bañador —bromeó de nuevo—. Por favor, permaneced sentados incluso cuando el avión se haya detenido por completo; la pista de aterrizaje está hecha de nieve comprimida y antes de que bajéis tenemos que comprobar que no se ha hundido demasiado.

Ahora algunos de los chicos se rieron, pero el capitán parecía hablar en serio y continuó explicándoles la maniobra:

—Si descendiese más de la cuenta, tendríamos que avanzar un poco más y asegurarnos de que es seguro bajar a tierra. Bueno, a hielo. ¡Allá vamos!

Maya miró a Oliver y, entonces, se agarraron a los reposabrazos de sus asientos; era difícil mantener la calma después de aquel mensaje. Maximilian seguía en la misma postura, pero ahora murmuraba algo entre dientes. Unos segundos después, el avión tomó contacto con el suelo y avanzó por la pista de aterrizaje sin ningún sobresalto, hasta que se paró. Si no les hubiesen contado que estaban sobre hielo, ni siquiera lo habrían sospechado.

—¡Abrigaos bien, que salimos! —exclamó Spencer justo antes de que el azafato abriese la puerta.

Al hacerlo, una corriente de viento helado entró en el avión. Oliver, que no podía contenerse más, corrió hacia la puerta y salió el primero. Su amiga lo siguió. Una vez fuera, miraron a su alrededor: se encontraban en una enorme explanada blanca; hasta donde les alcanzaba la vista, solo había hielo.

—Así que esto es nieve —dijo el chico.

—Desde luego —contestó Maya, que estaba tan asombrada como él.

Cuando todos habían bajado, los monitores los guiaron hasta un altísimo autobús rojo con gigantescas ruedas de camión que los llevó hasta la que sería su casa durante los próximos días: la base McMurdo, en la isla de Ross.